

Intelectuales y la posguerra salvadoreña: tránsito y reconfiguración

Intellectuals and the Salvadoran Postwar: Transit and Reconfiguration

Marlen Yanira Argueta Díaz¹

El Salvador

Correo: yargueta@uca.edu.sv

ORCID: 0009-0002-6475-8067

Recibido: 6 de mayo, 2025

Aceptado: 3 de noviembre, 2025



Resumen:

Este artículo propone una reflexión teórica sobre posguerra, transición democrática e intelectual, para contextualizar el campo intelectual salvadoreño en la década de 1990. Parte de la premisa de que la posguerra, tras los Acuerdos de Paz de 1992, implicó una transición democrática incompleta, marcada por violencias estructurales y simbólicas persistentes, así como por la ausencia de políticas culturales que profundizaron el trauma colectivo, especialmente entre los sectores subalternos. En este contexto, se produjo un quiebre en las formas de representación política y cultural, dando lugar a nuevas sensibilidades críticas en los ámbitos intelectuales y literarios. La reflexión conceptual se ilustra mediante el análisis de la revista *Tendencias*, que evidencia las transformaciones del campo intelectual en este periodo. Este trabajo surge como resultado de la investigación titulada “*Principales debates de los intelectuales de El Salvador en la década de 1990 a través de la revista Tendencias*”, y constituye un ejercicio previo para delimitar las categorías analíticas centrales del estudio.

1 Periodista y Maestra en Estudios de Cultura Centroamericana, opción literatura por la Universidad de El Salvador.

Palabras clave: intelectuales, transición democrática, posguerra, subjetividad, campo intelectual, cultura política, El Salvador.

Abstract

This article proposes a theoretical reflection on postwar, democratic transition, and the intellectual, aimed at contextualizing the Salvadoran intellectual field in the 1990s. It starts from the premise that the postwar period, following the 1992 Peace Accords, involved an incomplete democratic transition, marked by persistent structural and symbolic violences and by the absence of cultural policies that deepened collective trauma, particularly among subordinate sectors. In this context, there was a rupture in forms of political and cultural representation, giving rise to new critical sensibilities within intellectual and literary spheres. This conceptual reflection is illustrated through the analysis of the magazine *Tendencias*, which evidences the transformations of the intellectual field during this period. This work is the result of the research project “Main Debates of Salvadoran Intellectuals in the 1990s through the Magazine *Tendencias*” and constitutes a preliminary exercise to delimit the study’s central analytical categories.

Key words: intellectuals, democratic transition, postwar, subjectivity, intellectual field, political culture, El Salvador.

1. La figura del intelectual

El concepto de “intelectual” ha tenido múltiples formas de comprensión a lo largo de la historia. Sin embargo, lo que parece incuestionable es que los intelectuales representan una movilidad social compleja y diversa que escapa a cualquier intento de generalización simplista. Su papel se ha configurado en torno a la intervención crítica en la realidad, ya sea mediante la palabra, el activismo o el silencio. Los intelectuales han contribuido a la construcción de la memoria histórica y a la producción de discursos que interpretan, cuestionan o transforman las prácticas culturales. Sus manifestaciones han oscilado entre la

resistencia y la creatividad, entre la censura y el reconocimiento, entre el fomento del pensamiento crítico y la banalización o radicalización del discurso público. En suma, el intelectual se presenta como un agente en constante movimiento dentro del entramado social.

El término *intelectual* adquirió notoriedad en el siglo XIX, a raíz del caso Dreyfus en Francia, cuando artistas, científicos y escritores se pronunciaron en defensa de Alfred Dreyfus, un militar judío injustamente acusado de traición. Este episodio reveló tanto el peso del antisemitismo y el nacionalismo en la sociedad francesa como la capacidad del pensamiento crítico para incidir en la esfera pública. Aunque inicialmente tuvo una connotación peyorativa, el término fue adquiriendo prestigio al asociarse con la idea de una conciencia moral y una responsabilidad social del saber.

En términos generales, un intelectual puede ser entendido como aquella persona dedicada al estudio y la reflexión crítica sobre la realidad, que comunica sus ideas con la intención de influir en ella, alcanzando cierta autoridad simbólica en el espacio público. Esta concepción, forjada en el marco de la modernidad occidental, sirvió de referencia para múltiples contextos, donde el intelectual asume funciones de mediación entre el conocimiento, el poder y la sociedad.

En Centroamérica, esta figura adquirió rasgos propios vinculados a los procesos de formación estatal y a la construcción de imaginarios nacionales. Tal como señalan Marta Elena Casaús y Teresa García Giráldez en *Redes de intelectuales centroamericanos: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, los intelectuales de la región fueron comprendidos como figuras ilustradas, muchas veces diplomáticas y estrechamente ligadas a la producción literaria —especialmente la poesía y la narrativa—. Estas figuras desempeñaron un papel fundamental en la configuración de las identidades nacionales emergentes. Como sostiene Giráldez (2005):

La crisis, entre finales del siglo XIX y los albores del siglo XX, favoreció la emergencia de un nuevo grupo social hasta entonces no claramente identificado y reconocido como tal: el de los intelectuales(p.1). Para el caso de Centroamérica cumplieron un papel decisivo en la formulación de un discurso estructurado y coherente acerca de la identidad nacional, la naturaleza y la esencia de la nación. (p.5)

En este contexto, los intelectuales centroamericanos eran, en su mayoría, hombres dedicados a la diplomacia, la política o la literatura panfletaria. El panfleto, según Casaús, funcionaba como medio educativo masivo, lo que demuestra el compromiso pedagógico de estos actores con las grandes mayorías. Durante esta etapa, la figura del intelectual estaba profundamente ligada al ámbito educativo, al tiempo que se asociaba a un compromiso progresista y a una capacidad de influencia considerable en la opinión pública.

Esta dinámica regional tuvo resonancias específicas en El Salvador, donde la configuración del campo intelectual se desarrolló bajo lógicas similares de ilustración y modernización, aunque marcadas por una estructura social más restringida y dependiente de los proyectos estatales. Como observa Carlos López Bernal (2012), los intelectuales salvadoreños de finales del siglo XIX y principios del XX compartían con sus pares centroamericanos la aspiración de construir una nación ilustrada, pero su labor estuvo estrechamente vinculada al pensamiento modernizante de las élites dominantes. Su producción, de carácter enciclopédico, abarcaba desde la lingüística y la arqueología hasta las matemáticas y la botánica. Muchos de ellos también estaban involucrados activamente en la política. Según López Bernal, la élite intelectual salvadoreña mantenía una conexión constante con el exterior, a través de una intensa red epistolar, lo que demuestra que El Salvador no se encontraba aislado del flujo global de ideas.

López Bernal (2012) define a los intelectuales como “individuos que, independientemente de su profesión, dedican buena parte de su tiempo a la reflexión sobre los problemas del país y a la difusión de sus ideas a través de diferentes medios” (p.2). Para el autor, esta definición subraya el vínculo entre pensamiento crítico y compromiso social como rasgo esencial de la labor intelectual.

Esa articulación entre reflexión y acción se materializó de forma concreta en El Salvador durante las primeras décadas del siglo XX, cuando comenzaron a consolidarse redes intelectuales con un marcado sentido reformador. En 1933, surge una de las más influyentes: el grupo Masferrer², conformado por amigos y simpatizantes del pensador Alberto Masferrer, y respaldado por figuras como Salarrué, Francisco Gavidia y Claudia Lars, quienes promovieron sus postulados sociales y culturales.

Según Otto Mejía Burgos (2015), en *Aliados con Martínez. El papel de los intelectuales tras la matanza de 1932*, esta agrupación funcionó como una élite mediadora entre el régimen de Maximiliano Hernández Martínez y la sociedad. Para Martínez, “los intelectuales eran una pieza fundamental en el engranaje de su propio proyecto de Estado Nación” (citado en Burgos, 2015, p.37).

En contraste con esta instrumentalización política, Alberto Masferrer concebía al intelectual como un sujeto moral y culturalmente emancipado. Lo definía como “[hombre] desideologizado, siempre dispuesto a descubrir nuevas verdades”, y le atribuía una función pedagógica y orientadora. Su noción de cultura —“el desarrollo armónico de todas las facultades del hombre, elevadas a su máxima potencialidad”— se convirtió en uno de los ejes del grupo que llevó su nombre (Masferrer, citado en Burgos, 2015, p.31).

2 Véase la Comunicación pública de la fundación del grupo Masferrer, Diario Oficial. *Suplemento la República* 14 de octubre de 1993 y citado por Otto Mejía Burgos en “*Aliados con Martínez. El papel de los intelectuales tras la matanza de 1932*”.

Este grupo concentró a una generación de intelectuales que promovieron un ideario unionista y centroamericano que reforzó el intercambio intelectual en la región durante la primera mitad del siglo XX.

A mediados del siglo XX surgió en El Salvador una nueva red de intelectuales, conocida como la “Generación Comprometida”³, denominación propuesta por el poeta Ítalo López Vallecillos en 1950. A diferencia de las figuras ilustradas anteriores, estos escritores se vincularon activamente con las luchas sociales y desempeñaron un papel influyente en los acontecimientos políticos y culturales del país entre 1950 y 1980.

El compromiso social de estos intelectuales los llevó a integrarse en movimientos sociales y guerrilleros, como fue el caso emblemático de Roque Dalton. La noción del intelectual como agente crítico y comprometido se sostuvo durante el conflicto armado salvadoreño y se prolongó tras la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. En este contexto, la revista *Tendencias* reflejaba este espíritu: “Tendencias se ha propuesto impulsar e incidir en la agenda cultural que el país necesita para sentar las bases de su desarrollo en el próximo siglo” (*Tendencias*, N.º 7, 1992).

Sin embargo, en la primera década del siglo XXI, la figura del intelectual comenzó a desvincularse de su compromiso social y a perder autoridad simbólica en la esfera pública. En El Salvador, el término ha pasado a asociarse con lo que algunos medios denominan

3 La denominación de generación “comprometida” fue acuñada por el poeta Ítalo López Vallecillos en 1950. Tuvo dos etapas: la primera, con el núcleo fundacional compuesto por el propio López Vallecillos, Irma Lanzas, Waldo Chávez Velasco, Álvaro Menen Desleal, Eugenio Martínez Orantes y otros. La segunda, con el surgimiento en 1956 del Círculo Literario Universitario, fundado en la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador. El Círculo integró a los poetas Roque Dalton, Roberto Armijo, José Roberto Cea, Manlio Argueta y Tirso Canales. Armijo, Cea, Argueta, Canales y el poeta Alfonso Kijadurías dirigieron, durante la década de los 60 hasta 1979 la revista cultural titulada *La Pájara Pinta*.

“analistas prepago” (Cáceres, 2019). Según una investigación de *El Faro* (2019), existía una red de opinadores que cobraban por expresar posturas favorables a determinados actores políticos, evidenciando un giro hacia la mercantilización del saber y un alejamiento de los intereses colectivos. En este contexto, algunos críticos han calificado al intelectual contemporáneo como un “mercenario de la opinión pública”.

En este contexto, el rol del intelectual se aleja de la noción tradicional que lo asocia con un intelecto o inteligencia superior, y se orienta hacia una función más individualizada que favorece a los gobernantes, reproduciendo la hegemonía dominante. Antonio Gramsci ofrece una clave analítica fundamental para comprender esta dinámica, al afirmar que “los intelectuales son los gestores del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (Gramsci, 2000).

El pensador italiano distingue entre los intelectuales tradicionales, que refuerzan el orden establecido, y los orgánicos, surgidos de las clases subalternas con una vocación de transformación social. Esta distinción resulta particularmente útil para analizar las tensiones entre crítica y complicidad que han caracterizado al campo intelectual salvadoreño desde el siglo XIX hasta la actualidad.

A nivel latinoamericano, la defensa del compromiso social del intelectual también fue enfatizada por figuras como Roberto Fernández Retamar, desde la Casa de las Américas en Cuba. En *Pensamiento de nuestra América* (2006), Retamar reivindica una intelectualidad revolucionaria capaz de romper con su clase de origen y con los lazos de dependencia de la cultura metropolitana. Este ideario se concentra en el discurso *Palabras a los intelectuales* (1961), resumido en la máxima: “dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada” (Retamar, 2006).

Cabe señalar que, históricamente, el término “intelectual” ha estado ligado al género masculino, debido a exclusiones

estructurales: hasta inicios del siglo XIX, la educación femenina se limitaba a oficios domésticos y religiosos, dejando fuera a las ciencias y al pensamiento abstracto (Marroquín y Vásquez, 2019).

En este marco, el intelectual ha sido concebido como parte de una vanguardia, una élite simbólica legitimada por su capacidad de generar opinión pública. Sin embargo, Michel Foucault (1988) cuestiona esta visión jerárquica, afirmando que el poder no reside en una clase dominante fija, sino que se articula como una estrategia dispersa. Para Foucault, el papel del intelectual ya no consiste en representar la verdad silenciada del pueblo, sino en luchar contra las formas de poder allí donde estas se manifiestan: “El papel del intelectual ya no consiste en colocarse ‘un poco adelante o al lado’ para decir la verdad muda de todos; más bien consiste en luchar contra las formas de poder allí donde es a la vez su objeto e instrumento: en el orden del ‘saber’, de la ‘verdad’, de la ‘consciencia’, del discurso” (Foucault, 1988).

Desde esta perspectiva, el intelectual forma parte de un campo en disputa, como señala Pierre Bourdieu (2002). El campo intelectual no es un espacio neutro, sino un sistema de relaciones conflictivas donde cada posición implica una lucha por el capital simbólico. Por ello, Bourdieu (2000) sostiene que “los intelectuales deben dotarse de medios de expresión autónomos que permitan mantener y organizarse colectivamente para poner sus propias armas al servicio de los combates progresistas”.

En este marco de disputa, Edward Said (1996) enfatiza que el intelectual también se mueve dentro de una esfera pública atravesada por intereses específicos. Su función es la de una conciencia crítica que incomoda, interroga y confronta las narrativas dominantes, representando públicamente una postura crítica sin temer al aislamiento o la incomodidad que pueda generar. Para Said, el intelectual no debe ceder ante el poder, las modas ni las corrientes dominantes del pensamiento; su labor requiere un compromiso con la verdad y la justicia, incluso si ello implica oponerse a instituciones, gobiernos o grupos sociales hegemónicos. En sus palabras, “el hecho decisivo es que el

intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público” (Said, 1996, p. 29-30).

De esta manera, la figura del intelectual ha experimentado múltiples transformaciones desde el siglo XIX hasta nuestros días. En el caso salvadoreño, ha pasado de ser un actor ilustrado y humanista, vinculado a las élites y al ideal nacionalista, a un sujeto comprometido con las luchas sociales, especialmente a partir del siglo XX. Sin embargo, en las últimas décadas, esta figura ha sido objeto de cuestionamientos y desprestigio, perdiendo parte de su autoridad simbólica en un entorno mediático fragmentado y atravesado por intereses económicos y políticos.

Lejos de ser una categoría estática, el intelectual debe entenderse como un actor socialmente situado, en permanente negociación entre su conciencia crítica, su inserción en las estructuras de poder y su capacidad de incidencia pública. Ya sea como intermediario cultural, militante, analista o disidente, su función sigue siendo esencial para la construcción de una esfera pública y plural. Así concebido, el intelectual no desaparece: se transforma, se desplaza y se reinventa, y es precisamente esa movilidad lo que lo convierte en una figura clave para interpretar las dinámicas culturales y políticas de cada época.

Luego de revisar las tensiones que configuran el significado del término “intelectual”, es necesario situar a estos actores en el contexto de fines de siglo en El Salvador. El objeto de estudio de este artículo son los intelectuales salvadoreños y sus producciones como generadores de narrativas sociales y culturales, entendidas como los discursos y representaciones mediante los cuales interpretan, comunican y resignifican la realidad.

La posguerra marcó un punto de inflexión en el rol, la visibilidad y las formas de intervención de los intelectuales, en medio de cambios sociales y políticos que transformaron el campo cultural. Será precisamente en este escenario donde se analiza cómo los intelectuales participan en la construcción

de sentidos en un país marcado por los vestigios del conflicto armado y por las búsquedas de recomposición simbólica y social.

2. La posguerra salvadoreña

El año 1992 marcó un punto de inflexión en la historia reciente de El Salvador. El 16 de enero, en Chapultepec, México, se suscribieron los Acuerdos de Paz entre el gobierno del presidente Alfredo Cristiani y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), poniendo fin formal al conflicto armado interno. La ceremonia de reconciliación nacional, celebrada el 15 de diciembre de ese mismo año en San Salvador, cerró oficialmente once meses de transformaciones significativas y abrió paso a la etapa histórica conocida como la posguerra, caracterizada por la transición hacia un modelo institucional democrático y por la redefinición de los espacios culturales, simbólicos y políticos en los que los intelectuales ejercen su influencia.

Esta etapa sentó las bases de la sociedad salvadoreña contemporánea, reconfigurando las dinámicas sociales, políticas y económicas del país. Aunque convencionalmente se establece su inicio en 1992, su final resulta ampliamente debatido. Durante su toma de posesión el 1 de junio de 2019, el presidente Nayib Bukele proclamó simbólicamente el fin de la posguerra, argumentando que con su ascenso al poder se rompía la alternancia histórica entre los partidos ARENA y FMLN, que habían gobernado de forma sucesiva desde 1989. No obstante, la determinación del cierre de este ciclo histórico requiere un análisis estructural más complejo, que considere las transformaciones sociales, económicas y políticas de largo plazo. Será, por tanto, labor de la historiografía futura precisar cuándo concluyó efectivamente esta etapa.

A pesar de la ambigüedad de sus límites temporales, 1992 constituyó un año de muchas expectativas en El Salvador. Con el cierre de un siglo XX marcado por el autoritarismo y las dictaduras militares —que dominaron el país entre 1931 y 1979— se inauguraba un nuevo periodo histórico orientado a

la consolidación de la democracia, la garantía de la alternancia política y el fomento de la libre expresión ciudadana.

Sin embargo, en términos económicos, la posguerra coincidió con la implementación de reformas de corte neoliberal durante el gobierno de Alfredo Cristiani (1989–1994). Con el objetivo de modernizar la economía e integrar al siglo XXI, se promovieron políticas de libre mercado y reducción de la intervención estatal, orientadas a favorecer el capital privado y la propiedad individual. Según Turcios (2015), estas medidas transformaron radicalmente las estructuras de propiedad, desplazando el modelo agroexportador hacia una economía dependiente de las remesas familiares desde Estados Unidos.

Aunque el conflicto se cerró mediante negociaciones y acuerdos mutuos, el saldo estructural fue desigual, consolidando un régimen democrático de baja intensidad donde el capital emergió como el principal beneficiario. Para Ricardo Roque Baldovinos (2012), mientras la izquierda hablaba de una “revolución democrática”, la derecha concebía el proceso como la integración de disidentes al orden democrático, lo que permitió a las élites económicas cooptar el aparato gubernamental y controlar la naciente institucionalidad.

Baldovinos (2012) señala que la posguerra supuso una reactualización del proyecto (neo)liberal y la domesticación del movimiento revolucionario: “La ruptura histórica de la posguerra fue la reactualización de la patria (neo)liberal, la desactivación del movimiento revolucionario y su domesticación en un nuevo esquema de democracia de baja intensidad”.

En ese contexto, Ribera (2018) observa que esta situación convirtió la posguerra en una suerte de “paz armada”, al mantener estructuras represivas y lógicas de control propias del conflicto bélico. En sus palabras: “La posguerra debe considerarse como parte de la guerra, en su último período”. Esta perspectiva permite introducir de manera natural el análisis de las transformaciones institucionales, cuyas limitaciones

y desafíos marcaron la propuesta de una consolidación de la democracia en El Salvador.

Reformas institucionales y reconciliación frustrada

La firma de los Acuerdos de Paz no solo puso fin a la guerra civil — considerando 1980 como su inicio—, sino que también cerró casi seis décadas de control militar sobre el Estado salvadoreño. Las reformas pactadas incluyeron transformaciones significativas en los ámbitos judicial, electoral y de seguridad pública, con la intención de cimentar un nuevo régimen basado en la democracia y el pluralismo político.

En 1994, se celebraron elecciones legislativas y municipales bajo nuevas condiciones democráticas. Fue la primera vez que el FMLN participó como partido político, lo cual significó un avance sustancial en el proceso de normalización política y ampliación de la representación ciudadana. No obstante, varios de los objetivos fundamentales planteados en los Acuerdos de Paz —como la garantía de los derechos humanos y la reunificación social— no se cumplieron plenamente.

Un componente esencial del proceso de paz fue la transformación de las fuerzas de seguridad. El Acuerdo sobre la Fuerza Armada estableció nuevas doctrinas orientadas a limitar su papel a la defensa del territorio y la soberanía nacional. Para garantizar su depuración, se conformó una comisión ad hoc integrada por tres civiles, la cual elaboró una lista con cien oficiales a ser removidos. Aunque el cumplimiento de esta lista es incierto, se esperaba que antes de octubre de 1992 se disolvieran los cuerpos de seguridad existentes, como la Guardia Nacional, la Policía Nacional y la Policía de Hacienda, sustituyéndolos por la recién creada Policía Nacional Civil (PNC).

Sin embargo, el proceso de conformación de la PNC fue cooptado por intereses partidarios y militares. Según Héctor Silva Ávalos (2014), durante las dos décadas siguientes, la

PNC estuvo dominada por políticos de derecha y ex oficiales del Ejército, reproduciendo viejas prácticas autoritarias: “La principal conclusión de este libro es que la PNC falló y que, de hecho, el proceso salvadoreño, el de consolidación de su paz y su democracia, es incompleto y débil por esa falla” (Ávalos, 2014, p. 2).

La fragilidad del proceso de reconciliación se profundizó con la promulgación de la Ley de Reconciliación Nacional en 1993. Esta ley otorgó una amnistía general a todos los responsables de crímenes políticos y comunes cometidos antes del 1 de enero de 1992, exceptuando el secuestro. Más que promover una justicia transicional genuina, la ley institucionalizó el olvido. A diferencia del indulto, que implica una medida excepcional de perdón, la amnistía igualó moral y jurídicamente a víctimas y perpetradores, impidiendo el esclarecimiento de la verdad y la reparación a las víctimas.

Esta impunidad desconoció el Informe de la Comisión de la Verdad, el cual atribuía el 96.5% de los crímenes de guerra al Estado y solo el 3.5% a la insurgencia. Esta generalización de la amnistía, percibida por muchos sectores como una traición al espíritu de justicia que debía guiar la posguerra, pone de relieve las limitaciones del proceso de reconciliación y sus consecuencias sobre la estabilidad social.

Los efectos acumulativos de una justicia negada, una institucionalidad débil, políticas económicas favorables al gran capital, la implementación de medidas neoliberales iniciadas durante el gobierno de Alfredo Cristiani, la amnistía general y la limitada reparación de las secuelas de la guerra, desembocaron en un incremento sostenido de la violencia durante la década de 1990. Esta combinación de factores mostró que el fin del conflicto armado no garantizó una paz duradera, sino que consolidó una paz frágil, marcada por profundas tensiones estructurales, exclusión social y la cooptación de las instituciones por actores hegemónicos, delineando así una transición democrática limitada.

En este marco, la posguerra puede entenderse no sólo como el cierre de la guerra civil, sino como el inicio de un proceso de transición hacia la democracia. Esta noción de transición se convierte en un eje central para interpretar el nuevo momento histórico de El Salvador, caracterizado por expectativas en torno a la institucionalidad, la participación ciudadana y la reconciliación nacional, así como por la consolidación de discursos sobre democracia, paz y derechos humanos.

3. La transición democrática

El cese de la guerra, la creación de nuevas instituciones, la reconfiguración de organismos previamente marcados por la represión, la Constitución de 1983 y la integración del FMLN al sistema político-electoral sentaron las bases de lo que Turcios denomina una “democracia fundacional” en El Salvador. Según el autor: “De esta manera, la interpretación de esta etapa requiere integrar la guerra, los acuerdos políticos y la Constitución como los componentes de un proceso fundacional de la democracia” (Turcios, 2019, p. 175).

Turcios encuentra resonancia con las ideas del sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón (1997), quien distingue tres tipos de procesos de democratización política en América Latina hacia finales del siglo XX:

Un primer proceso se refiere al denominado precisamente como transición, entendida como “el paso de regímenes autoritarios modernos, especialmente militares, a fórmulas democráticas en las que están ausentes los modelos revolucionarios”. Un segundo proceso alude a un tipo de democratización política en el que “sin haber un momento formal de cambio de régimen o de inauguración democrática, hay un proceso de extensión o profundización democrática desde un régimen de democracia restringida o semiautoritario”.

Finalmente, el autor describe las llamadas transiciones democráticas fundacionales, donde se ubican los casos

centroamericanos. Estas se caracterizan como procesos de “fundación democrática que provienen de las luchas contra dictaduras oligárquicas o tradicionales, a veces con carácter patrimonialista, y donde las transiciones democráticas suceden a momentos revolucionarios o de guerra civil” (Garreton, 1997, p. 3).

Desde esta perspectiva, los Acuerdos de Paz constituyen el hito fundacional de una nueva democracia en El Salvador, marcando el fin de un periodo y la apertura de otro en todos los aspectos de la vida social.

Hasta aquí se ha descrito un proceso de construcción democrática, articulado desde los cambios políticos, sociales y económicos que tuvieron lugar en la posguerra, entendiendo la transición como el intervalo que se extiende entre un régimen político y otro. Esta comprensión de la transición permite observar no solo los mecanismos institucionales y las transformaciones estructurales, sino también las tensiones, resistencias y continuidades que acompañaron el tránsito hacia la democracia.

Pero, ¿qué significa un proceso de transición democrática? ¿Qué características muestran estos procesos o qué elementos constituyen el proceso como tal? Como advierte Garretón, la transición está marcada por la indefinición de las reglas del juego político. En palabras de Guillermo O'Donnell (1989): “Lo característico de la transición es que en su transcurso las reglas del juego político no están definidas” (p. 19).

O'Donnell también señala que los actores involucrados en la transición no solo buscan satisfacer sus intereses inmediatos, sino que compiten por definir las reglas futuras, que determinarán a los ganadores y perdedores del nuevo orden político.

En este contexto, la década de 1990 fue un periodo de tensiones entre los diversos actores sociales y políticos que disputaban el control del poder. Al finalizar la guerra, los

principales impulsores del proceso de negociación entre la guerrilla y el gobierno —un grupo de civiles pertenecientes a sectores burgueses y alineados con una ideología de derecha liberal— mantuvieron el control del Estado.

Como afirma Béjar (1995):

En efecto, la negociación fue iniciada y culminada por un grupo de derecha que llegó a controlar el gobierno a finales de la década de los ochenta y que después de los Acuerdos de Paz logró, vía las elecciones, continuar su control del Estado y la política de posguerra. (p.19).

Béjar también plantea una pregunta clave para la época: “¿Qué consecuencias traerá para la transición el hecho que un partido mayoritario de derecha mantenga el predominio político durante una década de cambios tan cruciales?”

El partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) gobernó el país entre 1989 y 2009, periodo en el cual se llevaron a cabo profundas transformaciones estructurales. Durante sus gobiernos, 32 empresas y servicios públicos fueron privatizados, incluyendo la banca nacional, la telefonía, la distribución de energía eléctrica, el sistema de pensiones y áreas clave como el café. Asimismo, se firmó el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y se adoptó el dólar como moneda oficial, y actividades económicas del Estado pasaron a manos de capital extranjero.

Estas reformas neoliberales —caracterizadas por la apertura de mercados y una reforma tributaria regresiva— debilitaron al Estado, fortalecieron al capital nacional y extranjero y agudizaron el deterioro del agro. La economía nacional quedó, desde entonces, fuertemente dependiente del envío de remesas desde el extranjero.

Ribera (2018) sintetiza este periodo como una “triple transición”: de la guerra a la paz, de la dictadura a la democracia

y de la confrontación a la concertación. No obstante, estos tres niveles presentan matices importantes:

La transición de la guerra a la paz en El Salvador no supuso la desaparición de la violencia; aunque se logró el cese del conflicto armado, la posguerra estuvo marcada por un incremento en la inseguridad y las expresiones de violencia social. En el plano político, la transición de la dictadura a la democracia implicó reformas institucionales y legales importantes, pero estas no lograron desmontar del todo las estructuras de poder heredadas, evidenciándose en el prolongado monopolio político de un solo partido y en la persistente exclusión de la sociedad civil en los procesos de toma de decisiones. Del mismo modo, el paso de la confrontación a la concertación fue limitado: si bien la lucha armada llegó a su fin, no se crearon mecanismos sostenidos ni efectivos de diálogo entre los distintos sectores sociales, lo que dificultó la construcción de consensos amplios en la nueva etapa democrática.

Este complejo proceso de transición y posguerra plantea la necesidad de reflexionar sobre el papel del intelectual en la recomposición de El Salvador. En este sentido, la literatura de posguerra y las narrativas culturales emergentes se presentan como un terreno fértil para explorar las nuevas sensibilidades, los imaginarios sociales y las formas de resistencia simbólica que acompañaron la transformación del país. La producción literaria se convierte, así, en un termómetro de lectura sobre los modos en que la sociedad salvadoreña experimentó la transición democrática, sus promesas y desencantos.

En este contexto, la transición democrática no puede comprenderse únicamente como un proceso de reformas institucionales o de redefinición del sistema político. Su sentido más profundo se revela en el terreno simbólico y cultural, donde se gestan nuevas formas de sensibilidad, memoria y representación del conflicto. La literatura y la producción cultural de posguerra, más que reflejar los acontecimientos históricos, funcionan

como un termómetro de las transformaciones del imaginario social: expresan las tensiones entre utopía y desencanto, entre esperanza y trauma, y permiten observar los modos en que la sociedad salvadoreña procesó —o no— las heridas de la guerra y la complejidad del nuevo orden democrático.

4. De la utopía al desencanto: narrativas de posguerra

Más allá de la dimensión temporal que delimita la posguerra en El Salvador y de las luchas por el control del poder político, esta etapa también marca el surgimiento de nuevas sensibilidades culturales, resultado de la falta de planes y políticas orientadas a facilitar el tránsito de una cultura de guerra a una cultura de paz.

La falta de una planificación integral para transitar de un régimen de guerra a uno de paz no solo evidenció la fragilidad institucional del Estado salvadoreño en la posguerra, sino que consolidó lo que Ricardo Roque Baldovinos (2012) denomina “trauma histórico”: una condición estructural que atraviesa el tejido social del país a lo largo del siglo XX. Este trauma, más allá de una mera afectación psíquica o cultural, se configura como una tecnología de dominación simbólica a través de la cual la hegemonía del capital articula estrategias de miedo, exclusión y violencia simbólica. Tales mecanismos operan no sólo como dispositivos de control social, sino como formas eficaces de desactivación política de los sectores subalternos, inhibiendo su capacidad de agencia transformadora. Así, señala: “hay una sensibilidad de la fatalidad y el sacrificio que hacen natural y tolerable una cotidianidad cargada de violencia y exclusión” (p. 174).

El trauma histórico, en este sentido, constituye una herramienta de manipulación política del miedo destinada a inhibir toda articulación de proyectos sociales alternativos al orden dominante. Como lo afirma Roque Baldovinos: “Este trauma es el que la hegemonía del capital logra movilizar exitosamente con estrategias de miedo y de violencia simbólica para mantener desactivados políticamente a los sectores subalternos” (2012, p. 174). Con el fin de la guerra y la firma de los Acuerdos de

Paz, se reinstauró un proyecto modernizador que había sido interrumpido primero por las dictaduras militares del siglo XX y posteriormente por la guerra contrainsurgente.

Los Acuerdos de Paz, firmados en 1992, establecieron una hoja de ruta que culminó en 1994 con la incorporación de actores políticos diversos y el establecimiento de nuevas reglas del juego democrático. Junto a ellos, el informe de la Comisión de la Verdad presentó una serie de recomendaciones al Estado, pero no delineó una política de largo plazo para la reconstrucción social y cultural del país.

El primer documento que pretende proyectar un plan de nación fue elaborado por la Comisión Nacional de Desarrollo en 1997. Este plan, propuesto seis años después de los Acuerdos de Paz, buscaba articular una estrategia nacional con enfoque territorial; sin embargo, en la práctica, sirvió como plataforma para la profundización del modelo neoliberal y el proceso de privatización impulsado por la administración de Armando Calderón Sol.

Frente a este panorama de desestructuración social y política, se producen manifestaciones culturales e intelectuales que intentan reconstruir un espacio cultural fragmentado. Tal como lo destaca Alexandra Ortiz Wallner (2015), estas propuestas surgen desde sectores académicos y artísticos que buscan intervenir críticamente en la reconfiguración del imaginario nacional. La década de 1990 se convierte así en un periodo de intensa producción en el campo de la investigación histórica y literaria en Centroamérica. Ortiz Wallner y Werner Mackenbach han sistematizado una amplia bibliografía que da cuenta de estudios y publicaciones centrados en las transformaciones culturales de la región, principalmente a partir de la segunda mitad de los años ochenta y a lo largo de la década siguiente (Ortiz Wallner y Mackenbach)⁴

4 Alexandra Ortiz Wallner y Werner Mackenbach realizan una selección bibliográfica sobre investigaciones y estudios sobre literaturas y procesos culturales de los diversos países centroamericanos y de la región en su conjunto publicados en forma de libros y *dossiers* en revistas que aparecen en

Más que realizar un análisis directo de la literatura de posguerra, este apartado retoma los aportes de quienes han estudiado críticamente dichas producciones literarias, con el fin de comprender las categorías simbólicas que permiten interpretar esta época. Se trata, por tanto, de una síntesis de interpretaciones desarrolladas por autores como Baldovinos (2012), Cortez (2009), Pérez (2012, 2019) y Mackenbach (2006, 2016), cuyas aproximaciones teóricas ofrecen marcos conceptuales útiles para pensar las mutaciones culturales y estéticas de la posguerra centroamericana. Aunque sus investigaciones abordan un horizonte regional, sus categorías analíticas —trauma, desencanto, abyección, duelo, memoria— resultan aplicables al caso salvadoreño, en tanto expresan procesos y sensibilidades compartidos por las sociedades de la región en su tránsito hacia la democracia.

Las temáticas abordadas en estas producciones se centran en las transiciones democráticas, la reconfiguración del tejido social y el desencanto con los proyectos revolucionarios. Este último aspecto es central para comprender la emergencia de nuevas sensibilidades culturales. Beatriz Cortez (2009), en su libro *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*, define este desencanto como una sensibilidad que se contrapone a la estética utópica de la esperanza revolucionaria. Según Cortez, se trata de “una sensibilidad que va ligada a una producción cultural definida como estética del cinismo, misma que contrasta con la estética utópica de la esperanza que ha estado ligada a los procesos revolucionarios” (p. 23). Además, agrega que “el periodo de posguerra en Centroamérica es un tiempo de desencanto, pero es también una oportunidad para la exploración de la representación contemporánea de la intimidad y de la construcción de la subjetividad” (p. 28).

En esta etapa, la literatura, entendida como práctica discursiva y cultural, se convierte en un medio privilegiado para

Centroamérica o fuera de la región, a partir de la segunda mitad de la década de 1980, a lo largo de los noventa y hasta la actualidad. Ver en: <http://istmo.denison.edu/n15/proyectos/biblio.html>

expresar las transformaciones sociopolíticas en curso. Como lo señala Acuña (2002), los roles del intelectual se redefinen en este nuevo contexto, y con ello también se reformulan las identidades que estos actores articulan. La reconstrucción de nociones de identidad nacional, étnica, de género y regional adquiere centralidad, al igual que la necesidad de repensar la relación entre literatura y nación (Mackenbach, 2006).

La literatura de posguerra permite, entonces, desarrollar una lectura de nuevas sensibilidades. Para Mackenbach (2016), en el contexto de transición democrática, la literatura constituye un medio experiencial y experimental fundamental para la elaboración simbólica de los traumas del pasado. Este carácter experiencial se manifiesta también en lo que se ha denominado la estética de lo abyecto. Yansi Pérez (2012), en su artículo *El poder de la abyección y la ficción de posguerra*, examina cómo la literatura centroamericana de este periodo articula nuevas formas de representar el trauma colectivo. Beatriz Cortez (2012), al comentar dicho trabajo, señala que Pérez “propone un acercamiento a la ficción de posguerra desde el concepto de lo abyecto de Kristeva como una categoría que permite representar la descomposición de la sociedad civil y a la vez mostrar formas de articular el trauma” (p. xv). Desde esta perspectiva, lo abyecto se convierte en metáfora de lo nacional: una realidad marcada por la descomposición, la violencia y la ambigüedad.

En su libro *Más allá del duelo: otras formas de imaginar, sentir y pensar la memoria en Centroamérica* (2019), Pérez amplía esta categoría al considerar lo abyecto como historias de mutación, cambio y ambigüedad, que permiten representar subjetividades en constante transformación. Según la autora, “son historias de cambio, de mutación y ambigüedad” (p. 10), que expresan formas íntimas de subjetividad posbélica. Este enfoque problematiza también la memoria, ya que, como señala Baldovinos (2019), “el libro plantea que para entender el problema de la memoria es necesario ir más allá del duelo, figura que dominó el debate

sobre la memoria en los procesos de transición democrática en América Latina” (p. 212).

En esta misma línea, Ileana Rodríguez (2012), en su artículo *Estéticas de esperanza, memoria y desencanto: constitución letrada de los archivos históricos*, sostiene que la estética modernista sustentó la esperanza depositada en el sujeto popular insurgente. Sin embargo, con el desencanto de la posguerra, se impone una estética del “realismo traumático”, siguiendo la propuesta teórica de Dominick LaCapra⁵ (2005), quien define esta categoría como una forma de representación que articula el trauma sin reducirlo a una narración lineal o redentora.

En suma, la posguerra y la transición democrática en El Salvador se configuran como procesos caracterizados por una profunda ambigüedad y mutación. Son etapas marcadas por la persistencia de la violencia estructural, el debilitamiento de los lazos sociales y el desencanto con los ideales transformadores del pasado. Estos procesos, lejos de haberse cerrado en la década de 1990, continúan proyectando sus tensiones y contradicciones en el presente. En el ámbito cultural, ello se manifiesta en una transición estética desde la literatura testimonial-realista hacia una estética del trauma, del desencanto y de la abyección, que redefine tanto los lenguajes de la memoria como los modos de construcción de subjetividad.

En este contexto de mutación estética y simbólica, las transformaciones del campo cultural se reflejaron también en el papel de los intelectuales. La reconfiguración de los discursos y sensibilidades de la posguerra nos limitó al ámbito literario: implicó una redefinición profunda de las formas de mediación cultural, política y académica. Así, el paso del testimonio revolucionario a la crítica democrática fue también un desplazamiento del rol del intelectual en la esfera pública salvadoreña.

5 Se toma de referencia la categoría de análisis realismo traumático de LaCapra véase en LaCapra Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*.

Las mutaciones estéticas y simbólicas de la posguerra no pueden separarse de los procesos de reconfiguración del campo intelectual. Si la literatura y las producciones culturales de este periodo expresaron las tensiones entre utopía y desencanto, entre memoria y trauma, los intelectuales que emergieron tras la firma de los Acuerdos de Paz también debieron enfrentarse a la transformación de sus propios lenguajes, espacios y funciones. La crisis de los grandes relatos y la institucionalización de la democracia modificaron las formas de intervención pública y el sentido mismo del compromiso intelectual. En este punto, se hace necesario examinar cómo estas transformaciones repercutieron en la redefinición del rol de los intelectuales en el nuevo escenario político y cultural salvadoreño.

5. Reconfiguración del rol intelectual en la posguerra salvadoreña

La firma de los Acuerdos de Paz de 1992 no sólo representó una transformación del aparato estatal y del sistema político salvadoreño, sino que también reconfiguró profundamente el rol de los intelectuales. Durante el conflicto armado, muchos intelectuales habían desempeñado funciones clave como mediadores simbólicos, articuladores ideológicos o portavoces del cambio social. Algunos colaboraron directamente con los frentes de guerra, mientras que otros construyeron plataformas de denuncia, reflexión crítica o producción cultural desde el exilio, la universidad o la prensa alternativa. Con la transición hacia la paz, este rol adquirió nuevas características: se desplazó del campo de batalla al espacio público democrático, y de la insurgencia a la institucionalidad.

En la posguerra, la figura del intelectual comprometido entró en un proceso de redefinición. Ya no se trataba únicamente de confrontar una dictadura militar o denunciar una guerra injusta, sino de pensar críticamente los límites del nuevo orden democrático, señalar las continuidades con el pasado autoritario y disputar el sentido del futuro. Muchos intelectuales se encontraron ante la disyuntiva de integrarse a las estructuras

del poder (ya fuera en los partidos políticos, las universidades o las ONGs) o mantenerse en una posición de crítica externa, arriesgando su visibilidad e influencia.

Como ha escrito el sociólogo Pierre Bourdieu (1997), la relativa autonomía del campo intelectual se ve seriamente limitada cuando el capital político o económico condiciona tan fuertemente la producción simbólica. En El Salvador, la institucionalización de la democracia dio paso a nuevos tipos de cooptación y clientelismo intelectual. Un resultado de este ramo de organizaciones internacionales, proyectos de cooperación e iniciativas de fundaciones fue una profesionalización de la reflexión crítica, que a menudo quedó instrumentalmente capturada por los conceptos de desarrollo, gobernabilidad y derechos humanos.

En este nuevo contexto, la figura del intelectual orgánico —en el sentido gramsciano del término— fue desplazada por una pluralidad de formas de intervención cultural y política. Algunos intelectuales se alinearon con los partidos políticos, particularmente el FMLN, pero con la intención de influir directamente en la toma de decisiones del Estado. Otros buscaron espacios apartidistas: centros de reflexión, revistas culturales, proyectos editoriales independientes, incluso medios alternativos. Esta multiplicidad de espacios también generó una fragmentación o diversificación del pensamiento crítico, que en su mayoría dejó de tener la capacidad de expresarse en un discurso compartido y generar proyectos colectivos a largo plazo.

No obstante, es importante no caer en una lectura nostálgica ni catastrofista del papel de los intelectuales en la posguerra. Como afirma Rovira Mas (2008), el nuevo escenario democrático obligó a los intelectuales a redefinir sus prácticas y lenguajes, abriendo posibilidades para una crítica más matizada, más atenta a las complejidades de la realidad y menos tributaria de los grandes relatos ideológicos. Esta descentralización permitió, en algunos casos, una mayor

creatividad y autonomía, así como la emergencia de voces que habían sido tradicionalmente marginadas, como las mujeres, los pueblos originarios, los jóvenes y las diversidades sexuales.

Sin embargo, la aparición de nuevas caras de violencia y exclusión (delincuencia, migraciones forzadas, feminicidio, despojo territorial) requirió otro tipo de compromiso para los intelectuales, no solo político sino también ético. El período después de la guerra fue cualquier cosa menos un período de paz completa, también significó una fase de frustración de muchas expectativas emancipadoras (surgidas con los movimientos de masas en los años previos al conflicto armado). En ese sentido, la crítica intelectual recobró relevancia en la medida en que fue capaz de leer los síntomas de la crisis, articular memorias disidentes y producir herramientas de análisis para pensar alternativas.

En este marco, surgieron proyectos culturales significativos como la revista *Tendencias*, que se convirtió en un espacio privilegiado para el pensamiento crítico posbélico. La revista como producto cultural de la posguerra, no sólo registra el espectro de cambios políticos y sociales que siguieron al conflicto armado, sino que también testimonia el desarrollo de nuevas sensibilidades y formas de pensamiento que buscaron redefinir el campo intelectual en la transición a la democracia.

En definitiva, tanto las narrativas literarias como las intervenciones intelectuales de la posguerra revelan los límites y las posibilidades de la transición democrática salvadoreña. La persistencia de las heridas del conflicto, junto con la emergencia de nuevos lenguajes de memoria, demuestran que el campo cultural fue un espacio clave para procesar y disputar los sentidos de la paz y la democracia. Comprender estas articulaciones permite situar la posguerra no como un cierre, sino como un proceso inacabado de reconstrucción simbólica y política.

En este contexto de redefinición intelectual, surgieron iniciativas concretas que canalizaron la reflexión crítica hacia

espacios de producción cultural, entre los cuales la revista *Tendencias* se convierte en un referente.

6. La revista *Tendencias*: un estudio de caso de la reconfiguración intelectual posbélica

La revista *Tendencias*, publicada durante los primeros años de la posguerra salvadoreña, constituye un espacio privilegiado para analizar la articulación entre intelectuales, cultura y política en un periodo de transición democrática. Desde su fundación, la publicación se propuso ofrecer un foro crítico en el que se reflexionara sobre la reconstrucción social, política y cultural del país, convirtiéndose en un punto de encuentro para el debate académico y cultural (PREIS, s.f.).

Como se ha planteado a lo largo de este artículo, la posguerra constituye el marco de referencia para entender la transformación social y cultural que enfrentó el país. En este contexto, los intelectuales redefinen su papel: pasar de la militancia directa o el activismo político a un ejercicio más reflexivo y crítico en el ámbito cultural. La revista *Tendencias* se consolidó así como un espacio para dialogar sobre memoria, identidad y proyección cultural, al tiempo que ofrecía herramientas para interpretar y abordar la nueva realidad política y social de El Salvador.

Los artículos publicados en *Tendencias* evidencian un enfoque multidimensional de la cultura. No se trataba únicamente de revisar el arte, la literatura o la música, sino de analizar cómo estos elementos se entrelazan con la política, la educación y los procesos de democracia fundacional. Este enfoque evidencia la conciencia de los intelectuales en la construcción de un imaginario que sustentara la transición democrática y la reconstrucción de la sociedad salvadoreña.

Además, la revista funcionó como vehículo de articulación institucional, especialmente en el marco del proyecto PREIS, que buscaba fortalecer la investigación y la reflexión académica sobre la posguerra. A través de esta plataforma, los intelectuales

pudieron vincular la producción académica con la práctica cultural y social, promoviendo un diálogo entre universidades, centros culturales y la sociedad civil.

Esta articulación fue clave para visibilizar la cultura como un eje estratégico de la reconstrucción nacional a pesar de que la institucionalidad no lo logró reconocer como tal, prueba de ello es la falta de planificación generalizada después de la posguerra, como ya se mencionó antes, y las débiles y pocas políticas culturales propuestas para la época.

En términos de contenido, *Tendencias* destacó por su capacidad de problematizar y proyectar escenarios. Los textos publicados no solo analizan los efectos de la guerra y la violencia en la sociedad, sino que también proponen horizontes, enfatizando la importancia de la memoria, la participación y la educación como herramientas de reconstrucción. Esta orientación evidencia una clara vocación de puente entre la reflexión intelectual y la acción social, reforzando la idea de que los intelectuales no se limitan a la crítica abstracta, sino que intervienen activamente en la configuración de nuevos sentidos culturales y políticos.

Finalmente, la función de *Tendencias* y de sus colaboradores revela cómo los intelectuales de posguerra asumieron un rol en la transición democrática salvadoreña. Su labor se ubicó en un plano intermedio entre la academia, la cultura y la política, consolidando la revista como un referente para comprender la cultura y la política de la posguerra.

En síntesis, *Tendencias* representa una instancia clave para comprender cómo los intelectuales de posguerra articulan análisis y producción cultural en contextos de transición democrática.

Conclusión

El análisis desarrollado muestra que la posguerra en El Salvador constituyó un período complejo, marcado por tensiones entre la construcción institucional democrática, las reformas económicas neoliberales y la persistencia de estructuras de poder heredadas del conflicto armado. Los límites temporales de este ciclo histórico permanecen abiertos a debate, lo que evidencia la necesidad de problematizar la noción de posguerra.

La transición democrática salvadoreña supuso no solo la reestructuración del sistema político, sino también la transformación de las funciones intelectuales y de los espacios de producción simbólica. En el paso de la guerra a la posguerra, el intelectual dejó de ocupar el lugar del portavoz revolucionario para convertirse en un mediador entre la memoria del conflicto y la realidad democrática, entre las promesas incumplidas del pasado y las incertidumbres del presente. Este desplazamiento implicó revisar las formas de compromiso, redefinir los lenguajes de intervención y reconstruir los vínculos entre pensamiento, cultura y acción política.

A diferencia del intelectual orgánico que operaba desde la utopía revolucionaria, el intelectual de la posguerra se enfrentó a un escenario de institucionalización, fragmentación y desencanto. Las nuevas condiciones democráticas abrieron espacios de expresión, pero también impusieron límites derivados de la profesionalización, la cooptación y la lógica de los proyectos de cooperación internacional. En este contexto, la crítica se vio obligada a reinventar sus herramientas: a buscar autonomía frente a las estructuras de poder y a recuperar la función del pensamiento como ejercicio ético y político de lectura del país.

Desde la literatura, las ciencias sociales, la universidad y los proyectos culturales, como la revista *Tendencias*, los intelectuales de posguerra emprendieron una tarea doble: reconstruir un espacio público fracturado y elaborar nuevos lenguajes para pensar el sentido de la paz, la justicia y la memoria. En estos

esfuerzos se manifestó una voluntad de continuidad con la tradición crítica de las décadas anteriores, pero también una conciencia de sus límites. La intelectualidad salvadoreña de posguerra, lejos de desaparecer, se diversificó: y encontró en la reflexión cultural un terreno para seguir interrogando las condiciones de posibilidad de la democracia.

Más que héroe o redentor, el intelectual de la posguerra emerge como una figura problemática, situada en la tensión entre compromiso y crítica, entre autonomía y pertenencia. Su papel ya no consiste en conducir procesos colectivos ni en representar una verdad absoluta, sino en mantener abierta la posibilidad del cuestionamiento, del disenso y de la revisión constante de los relatos dominantes. En ese sentido, su relevancia radica precisamente en su fragilidad: en su capacidad de interrogar los límites del poder y de la memoria desde una posición siempre incierta y, por ello, necesaria.

Comprender la posguerra desde esta perspectiva permite reconocer que la transición democrática no fue únicamente un proceso institucional, sino una disputa simbólica e intelectual en torno al sentido de lo político. En esa disputa, la figura del intelectual persiste no como un sujeto providencial, sino como un agente crítico que habita la contradicción. Lejos de clausurar los debates de la guerra, su tarea consiste en sostener la incomodidad del presente y en advertir que toda democracia, como toda memoria, permanece abierta, inacabada y vulnerable.

Referencias

- Ávalos, H. S. (2014). *Infiltrados. Crónica de la corrupción en la PNC (1992-2013)*. San Salvador: UCA Editores.
- Acuña, D. A. (2002, enero-junio). Identidades nacionales en Centroamérica: bibliografía de los estudios historiográficos. *Revista de Historia*, (45), 267-283.
- Baldovinos, R. R. (2012). Duelo y memoria: Sobre la narrativa de posguerra en El Salvador. En R. R. Baldovinos, *Niños de un planeta extraño* (pp. 172-183). San Salvador: Editorial Universidad Don Bosco.
- Baldovinos, R. R. (enero-junio, 2019). Más allá del duelo, otras formas de imaginar, sentir y pensar la memoria en Centroamérica de Yansi Pérez. *Revista Cultura*, (153), 211-214.
- Bernal, C. G. (abril-septiembre, 2012). Universidad, Estado e intelectuales en El Salvador: encuentros y desencuentros. *La Universidad*, 29-35.
- Béjar, R. G. (1995). El Salvador: ¿una democracia diferente? Apuntes para la definición del régimen político salvadoreño. En R. G. Roggenbuck (Ed.), *El Salvador a fin de siglo* (pp. 19-41). Criterio.
- Bourdieu, P. (2000). *Intelectuales, política y poder*. Eudeba.
- Cáceres, E. L. (2019, 8 de noviembre). La red de opinadores de Porfirio Chica que operó para el exfiscal Martínez. *El Faro*. <https://elfaro.net>
- Cortez, B. (2009). *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. F&G Editores.

- Cortez, B. A. (2012). *Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas”: (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* (Tomo III). F&G Editores.
- Foucault, M. (1988). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Editorial.
- Garretón, M. A. (1997). Revisando las transiciones democráticas en América Latina. *Nueva Sociedad*, (148), 20-29.
- Geertz, C. (1991). *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Gedisa.
- Giráldez, M. C. (2005). *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*. F&G Editores.
- Gramsci, A. (2000). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Nueva Visión.
- Mackebach, W. (2006). El ensayo en Centroamérica: ¿(sub) género literario y/o contribución al estudio de las culturas y literaturas centroamericanas? *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*. <http://istmo.denison.edu/n12/articulos/ensayo.html>
- Marroquín Parducci, A., & Vásquez Monzón, O. (2019). *Hacia un modelo de colaboración solidaria: reflexiones culturales desde la educación*.
- O'Donnell, G., Schmitter, P. C., & Whitehead, L. (1989). *Transiciones de un gobierno autoritario. Perspectivas comparadas*. Paidós.
- Oliver, L. (2013). *Gramsci: la otra política. Descifrando los cuadernos de la cárcel*. Editorial Ítaca.
- Pérez, Y. (2019). *Más allá del duelo: otras formas de imaginar, sentir y pensar la memoria en Centroamérica*. UCA Editores.

- Retamar, R. F. (1996). Pensamiento de Nuestra América: autorreflexiones y propuestas. *Revista de la Casa de las Américas*, (204), 41-56.
- Ribera, R. (2018). *Tiempos de transición. La humanidad de Caín y Abel desde El Salvador (1979-2014)*. UCA Editores.
- Rovira Mas, J. (2008). Introducción. En E. Torres-Rivas, *Centroamérica: entre revoluciones y democracia* (pp. 11-36). CLACSO.
- Said, E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Paidós.
- Torres Rivas, E. (2009). *Centroamérica: entre revoluciones y democracia*. CLACSO.
- Turcios, R. (2019). *Siglo XX: Tendencias y coyunturas de cambio*. Instituto de Formación Docente.
- Wallner, A. O. (2015). *Ensayar una historia cultural en Centroamérica*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com>

